



Transhumanismo, inteligencia artificial y dignidad humana: una reflexión filosófica contemporánea

Transhumanism, Artificial Intelligence, and Human Dignity: A Contemporary Philosophical Reflection

Camilo Andrés Polo Montealegre

Licenciado en filosofía, especialista en Educación, Cultura y Política, estudiante de Maestría en Educación Intercultural en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia, UNAD. capolomo@unadvirtual.edu.co



RESUMEN

El futuro aquí y ahora se nos plantea como una realidad que supera la ficción. Cuando el progreso in *extremis* rebasa lo humanamente admisible en términos de posibilidad, se crean nuevas formas de entender lo humano en relación con la naturaleza, sus fronteras y alcances. Se cuestionan cuáles son los límites de la intervención humana en relación con el mundo y los avances de la tecnología y la innovación desde la Inteligencia Artificial, que crece a ritmos acelerados e insospechados. Así se amplía el debate frontera sobre las causas y efectos de la tecnología y los avances científicos de la actualidad con la incorporación de nuevas dudas y preguntas dilema; esto amerita reflexionar críticamente sobre las implicaciones éticas, filosóficas y antropológicas derivadas del desarrollo de la inteligencia artificial y del transhumanismo, analizando sus efectos sobre la comprensión contemporánea de la dignidad humana, la identidad personal y los límites de la intervención tecnológica en la condición humana. Se cuestiona cómo esta se ve amenazada cuando las mejoras tecnológicas desdibujan lo que entendemos por ser humano.

Palabras clave:

distopía, ética, ficción, inteligencia artificial.

ABSTRACT

The future, here and now, presents itself as a reality that surpasses fiction, when progress, pushed to the extreme, exceeds what is humanly acceptable in terms of possibility, new ways of understanding humanity in relation to nature, its boundaries, and scope are created, where the limits of human intervention in relation to the world and the advances in technology and innovation stemming from Artificial Intelligence, which is growing at an accelerated and unexpected pace, are questioned, expanding the ongoing debate on the causes and effects of current technology and scientific advancements by introducing new doubts and dilemmas, which warrants critical reflection on the ethical, philosophical, and anthropological implications arising from the development of artificial intelligence and transhumanism, analyzing their effects on the contemporary understanding of human dignity, personal identity, and the limits of technological intervention in the human condition, questioning how this is threatened when technological advancements blur our understanding of what it means to be human.

Keywords:

Artificial intelligence, dystopia, fiction, ethics.

INTRODUCCIÓN

El presente resulta difícil de explicar por completo. Nos sobrepasa y progresa con una rapidez abismal en sus expresiones culturales, científicas, tecnológicas y sociales. Despertamos cada día ante un torrente de ideas novedosas, noticias de guerras lejanas y conflictos tanto sociales como económicos que conocemos al instante gracias a la internet. Paralelamente, la tecnología, la inteligencia artificial y los avances científicos nos presentan innovaciones a partir de dispositivos que plantean nuevos desafíos morales y bioéticos que ameritan reflexionar.

Históricamente, el ritmo del progreso tecnológico ha superado al de la filosofía para brindar respuestas adecuadas sobre su impacto. Aunque esta diferencia de tiempos es comprensible, la irrupción de la inteligencia artificial parece haber ampliado notablemente esta brecha. La reflexión crítica sobre la tecnología y el transhumanismo se inscribe en este escenario de cambios acelerados y cuestionamientos profundos (analizando sus peligros, mejoras, oportunidades e implicaciones tanto éticas como estéticas en la vida del ser humano) y comenzó a tomar fuerza especialmente desde mediados del siglo XX.

MARCO TEÓRICO

Los Inicios de la IA y el Pensamiento

Durante la década de 1950 surgieron los primeros desarrollos teóricos que dieron origen al campo de la inteligencia artificial (IA). Uno de los hitos más importantes fue el denominado *test de Turing*, propuesto por Alan Turing (1950). Esta prueba buscaba evaluar si una máquina podía exhibir un comportamiento lingüístico indistinguible del de un ser humano. El experimento consistía en que un evaluador humano interactuara mediante conversaciones escritas con un interlocutor humano y con una máquina. Si el evaluador no lograba distinguir cuál de los dos emitía las respuestas, la máquina podía considerarse capaz de imitar ciertas capacidades humanas asociadas al pensamiento.

Aunque el test no pretendía demostrar que las máquinas poseyeran conciencia o comprensión real, sí abrió una pregunta filosófica fundamental: ¿pueden pensar las máquinas? Este interrogante marcó el inicio de numerosos debates sobre la naturaleza de la inteligencia, el lenguaje y la cognición. En este contexto resulta necesario precisar qué se entiende por inteligencia artificial. En términos generales, la IA puede definirse

como el conjunto de sistemas computacionales capaces de realizar tareas asociadas tradicionalmente con procesos cognitivos humanos, tales como aprender, reconocer patrones, resolver problemas y generar respuestas complejas.

Desde que la prueba de Turing se patentó en 1950 y se empezaron a definir los que se podrían denominar como los primeros hallazgos de lo que se empezaría a conocer como la “inteligencia artificial (IA)” es que nacen ya como temas de discusión filosófica desde el siglo XX los interminables debates frontera sobre las causas y efectos de la tecnología y los avances científicos hasta la actualidad. La importancia de Alan Turing radica en que propuso y planteó lo que se denominó como un “juego de imitación de las capacidades humanas”. Esto no solo planteó un método práctico para comparar por contraste, sino que introdujo una pregunta filosófica clave: ¿qué significa «pensar»? Esta pregunta se convirtió en una piedra angular para los primeros debates sobre Inteligencia Artificial temprana, aperturando la discusión sobre la diferencia entre simular inteligencia y poseerla realmente.

Entonces, si una máquina puede resolver problemas lógicos y aprender patrones, no sería a su vez sensato y necesario preguntarse también ¿Cuáles son los riesgos y consecuencias de tener máquinas cada vez más inteligentes, autónomas e independientes? No convendría acaso repensar a la luz de una visión ética y filosófica los pormenores e implicaciones de la relación hombre-máquina, técnica-arte o tecnología-humanidad.

Al respecto, ya desde los años treinta del siglo XX, con el periodo entre guerras y posguerras (hasta mediados de los años cincuenta) filósofos como Martin Heidegger en su ensayo “La pregunta por la técnica” de 1954 por ejemplo, advirtieron que la tecnología no es solo un conjunto de herramientas, sino una forma de ver y dominar el mundo que puede cosificar al ser humano. Con Heidegger (1954), tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, con el auge de avances científicos en materia nuclear, precursores del diseño e impacto de las dos bombas nucleares lanzadas sobre Japón en 1945, —que mataron y mutilaron a cientos de miles de personas— y los campos de exterminio nazis, se despertó una conciencia mundial sobre el potencial destructivo de la técnica moderna.

Críticas filosóficas de la técnica

Durante las décadas de 1960 y 1970 se consolidaron diversas críticas filosóficas al desarrollo tecnológico. En este contexto, Ellul, J. (1954) advirtió que la técnica tiende a adquirir una lógica propia, independiente de las consideraciones éticas, sociales o políticas. Para este autor, el progreso tecnológico no siempre avanza en función

del bienestar humano, sino que puede obedecer a dinámicas autónomas difíciles de controlar.

Estas preocupaciones coincidieron con la expansión de la sociedad de consumo y los procesos de automatización industrial. Como consecuencia, surgieron interrogantes sobre los límites éticos del progreso y sobre la necesidad de regular sus aplicaciones.

Paralelamente, la literatura y el cine de ciencia ficción comenzaron a explorar escenarios donde las máquinas superaban las capacidades humanas. Obras como *Terminator* (Cameron, 1984) popularizaron la idea de inteligencias artificiales capaces de actuar de manera autónoma e incluso de amenazar la supervivencia humana.

Aunque muchas de estas representaciones respondían a imaginarios ficticios, contribuyeron a consolidar una visión crítica de la tecnología. Desde entonces, parte del debate filosófico se ha centrado en evaluar los posibles riesgos sociales, culturales y ambientales asociados a los avances tecnológicos, alertando lo peligroso que es el avance sin regulación y cuestionándose ¿hasta dónde es ético y correcto permitir este progreso sin restricciones?

El transhumanismo y la distopía

Con la llegada de los avances más significativos en materia de informática, biotecnología y, más tarde, Internet y la inteligencia artificial en su etapa más avanzada (IA de aprendizaje autónomo), se intensifican por ejemplo, las discusiones sobre vigilancia, privacidad, empleo, desigualdad y los dilemas éticos de la experimentación científica en humanos, los cuales emplean tecnologías emergentes y llevan inclusive a redefinir lo que entendemos por humanidad más allá de los límites biológicos.

En ese marco y con la aparición de tecnologías cada vez más sofisticadas se dio origen al debate transhumanista. El transhumanismo que puede definirse como un movimiento filosófico y cultural promueve el uso de la ciencia y la tecnología para ampliar las capacidades físicas, cognitivas y biológicas del ser humano. Sus defensores consideran que herramientas como la biotecnología, la nanotecnología, la neurociencia y la inteligencia artificial pueden contribuir a superar limitaciones asociadas con la enfermedad, el envejecimiento e incluso la muerte. Desde esta perspectiva, el desarrollo tecnológico constituye una oportunidad para mejorar la condición humana.

Sin embargo, estas posibilidades también plantean importantes dilemas éticos. El mejoramiento humano podría generar nuevas formas de desigualdad, afectar la autonomía individual o cuestionar los límites de la dignidad humana. Por ello, actualmente, la discusión se amplía hacia el posthumanismo, una corriente que cuestiona la idea tradicional del ser humano como centro absoluto de la realidad y propone repensar las relaciones entre tecnología, cultura y naturaleza.

Este tipo de hallazgos en aras del progreso humano traen múltiples, variados y deseables beneficios para el hombre, pensando en la superación de enfermedades, erradicando dolencias y prolongando significativamente la vida; pero, a su vez, plantean serios inconvenientes que si no se analizan de manera objetiva, imparcial y con rigor, desembocan en atentados que transgreden los límites mismos de lo que debería o no ser permitido en el campo de la dignidad e integridad humana, donde los seres humanos no solo deben reflexionar sobre quiénes son, sino también sobre el papel que ocupan en un entorno donde las máquinas han dejado de ser simples instrumentos puestos al servicio del ser humano, ya que tanto la inteligencia artificial como la automatización están transformando profundamente todas las dimensiones del hombre. (Pasando por el trabajo, la educación y la manera misma en que se concibe el arte y la creatividad.)

Desde estas posturas se aboga por un uso precautorio y limitado de las innovaciones tecnológicas, cuestionando su supuesta bondad intrínseca y los efectos desconocidos que su implementación puede generar, poniendo un acento especial en lo negativo de la técnica, casi a modo de antítesis del progreso científico que siendo bueno o no, necesita claros y contundentes límites en su planteamiento y posterior ejecución.

Por ende, en nuestro mundo actual, que se mueve y transforma a pasos agigantados, (al ritmo frenético y acelerado de los algoritmos y las redes) el interrogante, por lo que significa ser humano, adquiere una especial relevancia. Los dispositivos tecnológicos y todo su despliegue a partir del diseño de máquinas cada vez más avanzadas y sofisticadas, con su facilidad para procesar cantidades de datos e información a velocidades inimaginables para el cerebro humano, se han vuelto parte de nuestra rutina habitual. Pero ¿dentro de este vasto océano de información y conexiones, la esencia humana se está desvaneciendo o está descubriendo nuevas formas de expresarse?

REFLEXIÓN

La sospecha y la ética de la regulación

La creciente expansión de la inteligencia artificial ha generado posiciones encontradas. Algunas perspectivas destacan sus beneficios potenciales en campos como la medicina, la educación o la investigación científica. Otras, por el contrario, advierten sobre los riesgos asociados a su desarrollo acelerado.

Bajo esta serie de perspectivas cabe la pregunta: ¿no es oportuno y pertinente tener una visión o perspectiva negativa sobre el futuro con relación a los usos y límites de la tecnología? Cuando la IA es vista y empleada como un instrumento de construcción de poder, que manipula y enajena (en términos marxistas) al ser humano, se rebasan fronteras que antes solo eran propias del terreno de la ficción literaria, pero que con el auge de los avances tecnológicos de la actualidad (cuarta revolución industrial y la era de la IA generativa en su boom y auge, por ejemplo) son la prueba fehaciente de que, en muchos casos, “la realidad supera la ficción”, sobre todo cuando los avances tecnológicos de la actualidad eran impensables décadas atrás y solamente existían como una noción literaria digna de las mejores obras de la ficción científica.

En contraste, una visión excesivamente optimista del progreso tecnológico puede minimizar los riesgos derivados de una inteligencia artificial cada vez más autónoma. La llamada IA de evolución independiente describe sistemas capaces de desarrollar soluciones con escasa intervención humana, reabriendo el debate filosófico sobre los límites de la técnica y el papel del ser humano frente a sus propias creaciones.

Ciertamente, tener una versión tan optimista del futuro tecnológico, dado el peligroso dilema que surge cuando se le da autonomía y poder de elección a la IA resulta problemático. La cuestión central no consiste únicamente en determinar qué puede hacer la tecnología, sino en establecer qué debería hacer y en qué condiciones. En este sentido, la discusión ética se desplaza desde las capacidades técnicas hacia los criterios que deben orientar su uso. Surgen entonces preguntas fundamentales: ¿es posible garantizar que el desarrollo tecnológico beneficie realmente a la humanidad? ¿Quién define los límites de la innovación? ¿Qué mecanismos de regulación deben implementarse para proteger la dignidad humana?

Frente a estos dilemas, resulta pertinente preguntarse si es posible construir un modelo de desarrollo tecnológico regulado por principios bioéticos que promuevan un

uso responsable y ético de la inteligencia artificial. Esta posibilidad implica establecer acuerdos capaces de orientar el desarrollo tecnológico hacia la protección de la dignidad humana y el bienestar colectivo. En este contexto, adquiere relevancia la propuesta de la “ética de los mínimos” desarrollada por Cortina (2003). Desde esta perspectiva, las sociedades plurales pueden alcanzar consensos básicos sobre valores y normas de convivencia que, aunque mínimos, poseen un carácter vinculante para quienes los aceptan. Estos acuerdos permiten afrontar problemas comunes sin exigir una única visión moral o cultural.

Aplicada al ámbito de la inteligencia artificial, la ética de los mínimos ofrece un marco para definir límites compartidos frente a prácticas que puedan vulnerar derechos fundamentales o generar riesgos sociales. De este modo, el debate ya no se centra únicamente en lo que la tecnología puede hacer, sino también en lo que debería hacer desde una perspectiva ética. La cuestión fundamental consiste en evitar que el avance científico y tecnológico se convierta en una fuente de poder sin controles suficientes ni responsabilidades claramente definidas.

Desde esta perspectiva, la inteligencia artificial no debe entenderse únicamente como una herramienta neutral al servicio del ser humano. También puede concebirse como un dispositivo capaz de influir en la organización social, la toma de decisiones y las relaciones de poder. En este sentido, resulta pertinente retomar las reflexiones Foucault (1975) sobre los mecanismos de vigilancia y disciplinamiento que producen determinados tipos de sujetos dentro de la sociedad. La relación entre inteligencia artificial y poder adquiere especial relevancia cuando estos sistemas son utilizados para recopilar, procesar y analizar grandes volúmenes de información. Tal como planteó Foucault, el conocimiento constituye una forma de poder, pues permite orientar conductas, establecer criterios de control y ejercer influencia sobre las poblaciones. La inteligencia artificial amplifica esta capacidad al transformar datos masivos en conocimiento accionable.

Por ello, los algoritmos no pueden considerarse completamente neutrales. Su diseño incorpora valores, supuestos e intereses que reflejan las prioridades de quienes los desarrollan y utilizan. En consecuencia, analizar críticamente la inteligencia artificial implica también examinar las estructuras de poder que orientan su funcionamiento y sus aplicaciones sociales.

Tecnología, poder y no neutralidad de la ciencia

La ciencia no puede entenderse como una actividad completamente neutral. Aunque el método científico busca reducir sesgos y garantizar la objetividad del conocimiento,

toda investigación se desarrolla dentro de contextos históricos, políticos, económicos y culturales que influyen en las preguntas que se formulan, los proyectos que reciben financiación y los fines para los cuales se aplican sus resultados. En consecuencia, el desarrollo científico suele responder, al menos en parte, a intereses y necesidades específicas de cada sociedad. Un ejemplo de ello fue el uso de los avances de la física nuclear durante la Segunda Guerra Mundial, cuando conocimientos producidos con fines científicos fueron empleados en la construcción de armas atómicas.

Profundizando en esta discusión, surge una pregunta fundamental: ¿qué ocurriría si la enorme capacidad de procesamiento de datos de la inteligencia artificial quedara concentrada en manos de grandes corporaciones o Estados? Dado que estas instituciones responden a intereses políticos, económicos o estratégicos específicos, resulta legítimo cuestionar los efectos que dicha concentración podría tener sobre la distribución del poder y el acceso a la información. Desde esta perspectiva, la inteligencia artificial podría convertirse en un mecanismo de vigilancia y control cada vez más sofisticado. Las reflexiones de Foucault sobre el panóptico permiten comprender cómo las tecnologías de observación pueden influir en el comportamiento de los individuos. En este contexto, la IA plantea nuevos desafíos éticos, pues amplía significativamente la capacidad de monitoreo, análisis y predicción de las conductas humanas.

La inteligencia artificial no solo amplía las capacidades humanas, sino que reconfigura las estructuras de poder, convirtiéndose en un dispositivo político. Desde luego, para que todo esto pase deben existir entidades transnacionales lo suficientemente poderosas como para regular la vida, la salud e incluso los cuerpos de las poblaciones; pero, ¿qué no es eso lo que ya está pasando cuando hay modelos predictivos que podrían priorizar a ciertos grupos, moldeando políticas internacionales como las de índole sanitario y que se regulan a través de mecanismos de cooperación internacional con agencias globales y que poseen agendas e intereses plenamente definidos en el panorama global?

Lo anterior permite advertir que la producción científica no está exenta de sesgos. Los intereses políticos, económicos o comerciales pueden influir tanto en los temas que se investigan como en los resultados que se difunden. Asimismo, la dependencia de fuentes de financiación externas puede orientar las agendas de investigación hacia determinadas prioridades, favoreciendo a quienes poseen los recursos para impulsarlas. Esta situación genera riesgos asociados a la concentración del conocimiento y del poder, pues quienes controlan la financiación, la propiedad intelectual o el acceso a los datos pueden influir significativamente en el rumbo del

desarrollo científico y tecnológico. Como consecuencia, innovaciones diseñadas para generar beneficios colectivos también pueden producir efectos no previstos, tales como desempleo, brechas digitales, dependencia tecnológica o nuevas formas de desigualdad social.

No obstante, el propósito de este análisis no es promover teorías conspirativas ni atribuir los cambios tecnológicos a supuestos planes ocultos de grupos de poder. Por el contrario, busca comprender críticamente las profundas transformaciones que el mundo digital ha introducido en la sociedad contemporánea, muchas de las cuales habrían parecido impensables apenas unas décadas atrás.

Estos cambios forman parte de un proceso de innovación constante en el que los avances tecnológicos suelen situarse en la frontera entre lo conocido y lo posible. Precisamente por ello generan expectativas, pero también incertidumbre. La velocidad con la que evolucionan estas tecnologías dificulta prever con claridad sus alcances y consecuencias, lo que convierte su desarrollo en un desafío permanente para la reflexión ética, filosófica y social. En este contexto surge una pregunta fundamental: ¿qué es lo que realmente nos define como seres humanos? Este interrogante cobra especial relevancia en una época en que la tecnología transforma de manera constante nuestras formas de vivir, comunicarnos, aprender e incluso comprender nuestra propia identidad.

La relación entre el ser humano y el mundo digital se caracteriza por una tensión permanente. Aunque lo tecnológico y lo humano son realidades distintas (una asociada a lo artificial y otra a lo biológico) ambas interactúan de forma cada vez más estrecha. Esta interacción ha dado lugar a debates sobre el alcance que la tecnología puede tener en la transformación de la condición humana.

Desde una perspectiva optimista, la tecnología se concibe como una extensión de las capacidades humanas, capaz de potenciar funciones físicas y cognitivas que, por sí solas, presentan limitaciones. En contraste, una visión más crítica advierte que el avance tecnológico podría alterar aspectos esenciales de la identidad humana, desdibujando las fronteras entre lo natural y lo artificial. Desde esta postura, el desafío consiste en evitar que la búsqueda del progreso termine debilitando aquello que constituye la singularidad de la experiencia humana.

La dignidad humana como fin, no como medio

Frente a las posiciones que defienden o rechazan radicalmente el avance tecnológico, es posible plantear una tercera vía de análisis. Desde esta perspectiva, la tecnología

no es buena ni mala en sí misma; su valoración depende de los fines para los cuales se utiliza y de las consecuencias que genera en la sociedad.

El debate, por tanto, no debería centrarse únicamente en las capacidades de la tecnología, sino también en los criterios que orientan su desarrollo y aplicación. Esto conduce a preguntas fundamentales: ¿cuáles son los límites éticos del progreso tecnológico?, ¿quién tiene la autoridad para establecerlos? y ¿cómo justificar los fines que pretenden legitimar determinados medios?

Estas cuestiones ponen de manifiesto que el verdadero desafío no radica solamente en lo que la tecnología puede hacer, sino en las decisiones humanas que orientan su uso y determinan su impacto sobre la condición humana. Aunque estas preguntas exceden el alcance específico de este artículo, resultan valiosas para ampliar la reflexión sobre los desafíos éticos que plantea el desarrollo tecnológico contemporáneo. Más que ofrecer respuestas definitivas, su propósito es abrir nuevos horizontes de discusión y promover una actitud crítica frente a las transformaciones impulsadas por la inteligencia artificial y el transhumanismo.

Para aproximarse a estos interrogantes, puede recurrirse a una de las ideas centrales de la ética de Immanuel Kant: el denominado “Reino de los fines”, expuesto en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1785). Según este principio, toda persona debe ser tratada siempre como un fin en sí misma y nunca únicamente como un medio para alcanzar otros objetivos. Kant. (2008). Desde esta perspectiva, el valor de los seres humanos radica en su dignidad y autonomía moral, no en su utilidad o rendimiento. Por ello, cualquier propuesta de mejoramiento humano que instrumentalice a las personas o las reduzca a simples medios para el progreso tecnológico resultaría éticamente cuestionable, incluso cuando se justifique en nombre del avance científico.

Teniendo en cuenta lo anterior se puede afirmar que, la tecnología (como podría tender a afirmar el transhumanismo), construye al ser humano del futuro, y lo aborda desde la capacidad que tiene este para trascenderse a sí mismo, siendo partícipe de su propia evolución, tal como lo formulan las teorías más optimistas del posthumanismo, donde una especie de “ficción filosófico-futurista” da respuesta al interrogante del límite de la naturaleza humana; ya que, como afirma Diéguez. (2017):

El transhumanismo es uno de los movimientos filosóficos y culturales que más atención ha atraído en los últimos años. Preconiza el uso libre de la tecnología para el mejoramiento del ser humano, en sus capacidades físicas, mentales, emocionales y morales, trascendiendo todos sus límites

actuales. Según los defensores del transhumanismo, con la ayuda de estas tecnologías podremos acabar con el sufrimiento, con las limitaciones biológicas que lo producen, e incluso podremos vencer al envejecimiento y la muerte. (p. 7.)

Entonces, bajo esta postura y analizando la magnitud de lo que implica, con el ideal clave de que la dignidad y el valor intrínseco de cada persona no se puede comprometer bajo ninguna circunstancia, debe dársele un tratamiento específico que contribuya a sentar las bases de lo éticamente permitido, donde la manipulación del ser humano en su afán de modificar la naturaleza misma, jugando a ser “Demiurgo” (concepto filosófico y teológico que designa a un dios o entidad creadora y ordenadora del universo físico según Platón) aun cuando dicha modificación obedezca desde la teoría a un bien mayor, como puede ser el de prolongar su vida más allá de las propias fronteras que la naturaleza le impone.

De la misma manera, comprender que este proceder, así como el de la ética de los mínimos (de Adela Cortina) opera como una ley universal y deseable, (al estilo de una ética normativa) donde, las personas (incluidos aquí también los avances tanto de la ciencia como de la técnica) deben comportarse y regularse de manera que su acción pueda convertirse en una ley que todos sigan, sentando unas bases sólidas para un proceder que regule con criterios claros los límites del avance que se dé (en nombre del progreso o no) cuando este atente contra los marcos éticos, legales e institucionales prefijados y aceptados.

Inteligencia artificial generativa y nuevos desafíos éticos

Durante los últimos años, el desarrollo acelerado de la inteligencia artificial generativa ha transformado significativamente el debate filosófico sobre la relación entre tecnología y humanidad. A diferencia de las etapas previas de la automatización, centradas principalmente en la ejecución de tareas repetitivas, los sistemas contemporáneos son capaces de producir textos, imágenes, código informático, música y otros contenidos que tradicionalmente se asociaban con capacidades exclusivamente humanas. Este avance ha reactivado interrogantes fundamentales acerca de la creatividad, la autonomía, la autoría y la naturaleza misma de la inteligencia.

Floridi (2023) sostiene que la discusión contemporánea ya no debe centrarse exclusivamente en determinar si las máquinas pueden pensar, sino en comprender cómo la inteligencia artificial está modificando los ecosistemas informacionales en los que las personas construyen conocimiento, toman decisiones y desarrollan sus

relaciones sociales. Según este autor, la creciente interacción entre seres humanos y sistemas inteligentes está configurando una nueva realidad híbrida en la que los límites entre lo humano y lo tecnológico se vuelven cada vez más difusos.

Estas transformaciones han impulsado una renovada atención hacia las corrientes posthumanistas. El posthumanismo cuestiona la visión tradicional que sitúa al ser humano como centro absoluto de la realidad y propone comprender la existencia desde una perspectiva relacional, donde personas, tecnologías, animales y entornos naturales participan de redes complejas de interacción. En este sentido, Braidotti (2022) argumenta que las innovaciones tecnológicas contemporáneas exigen repensar las categorías clásicas de identidad, subjetividad y agencia, pues la experiencia humana se encuentra crecientemente mediada por dispositivos digitales y sistemas automatizados.

El desarrollo tecnológico no implica necesariamente la desaparición de lo humano, sino una transformación profunda de las formas en que los individuos construyen su identidad y se relacionan con el conocimiento. El posthumanismo no se daría así, como una negación de la humanidad, sino como una invitación a reconsiderar críticamente las fronteras entre naturaleza, cultura y tecnología.

Sin embargo, los avances de la inteligencia artificial también han generado importantes preocupaciones éticas y políticas. Krawford (2024) señala que los sistemas inteligentes no son tecnologías neutrales, pues dependen de infraestructuras materiales, recursos energéticos, procesos de extracción de datos y decisiones corporativas que reflejan relaciones de poder específicas. Desde esta mirada, la inteligencia artificial debe analizarse no solo por sus capacidades técnicas, sino también por sus impactos sociales, económicos y ambientales.

De igual manera, Zuboff (2020) advierte que la expansión de las plataformas digitales ha favorecido el surgimiento de nuevas formas de vigilancia y extracción masiva de información personal. Este fenómeno, denominado capitalismo de vigilancia, plantea desafíos inéditos para la privacidad, la autonomía individual y la libertad democrática. En consecuencia, la creciente integración de sistemas inteligentes en la vida cotidiana exige mecanismos de regulación que garanticen la protección de los derechos fundamentales.

Dentro del debate transhumanista, estos desarrollos tecnológicos son interpretados por algunos autores como una oportunidad para ampliar las capacidades físicas y cognitivas de los seres humanos. El Observatorio de Bioética

UCV citando a Nick Bostrom (2017) sostiene que las tecnologías emergentes podrían contribuir a superar limitaciones biológicas históricas relacionadas con la enfermedad, el envejecimiento y determinadas restricciones cognitivas. Sin embargo, otros pensadores advierten que tales propuestas pueden conducir a nuevas formas de desigualdad, exclusión y fragmentación social si los beneficios tecnológicos se distribuyen de manera desigual.

En este contexto, la pregunta por la condición humana adquiere una renovada relevancia filosófica. El desafío ya no consiste únicamente en determinar hasta dónde pueden llegar las capacidades de la inteligencia artificial, sino en establecer cuáles son los principios éticos que deben orientar su desarrollo, la reflexión contemporánea coincide en que el progreso tecnológico debe estar acompañado por una evaluación crítica de sus consecuencias sociales y antropológicas, de modo que la innovación contribuya al bienestar colectivo sin comprometer la dignidad, la autonomía y la responsabilidad moral que caracterizan a la experiencia humana.

CONCLUSIONES

En un mundo donde las máquinas parecen pensar, el verdadero desafío no es que ellas se vuelvan humanas, sino que nosotros no dejemos de serlo. El ser humano se distingue por su responsabilidad ética, puesto que, al decidir y reflexionar sobre las consecuencias de sus decisiones, anticipa sus resultados en un plano moral (con la conciencia de su proceder y la responsabilidad de su actuar) por ende, si las máquinas ejecutan tareas sin comprender el bien o el mal, nuestra humanidad radica en deliberar sobre los fines, no solo en optimizar los medios.

Sin este tratamiento, el transhumanismo y sus postulados, ya no como teoría o movimiento especulativo sino como práctica que se pretende materializar en actos concretos, puede generar desigualdades, riesgos de seguridad y erosión de derechos fundamentales; por ende, es esencial establecer límites, con una supervisión independiente y participación plural para salvaguardar la dignidad humana y la autonomía, donde cada individuo es libre y responsable de sus actos, gobernándose por la razón y teniendo conciencia plena de que, todas las personas, como legisladores y sujetos, actúan de modo que sus máximas sean compatibles con las de todos, como si se forjaran a través de una ley universal que todos aceptasen, cumpliendo el postulado kantiano cuya visión ética ayuda a que nadie instrumentalice a otros. (Aun cuando esta acción se dé en nombre del progreso o de fines supuestamente mayores.)

Si como especie consciente de su vulnerabilidad (atributo que precisamente es constitutivo de la esencia humana) nos hemos visto restringidos por nuestra limitada naturaleza (hecho que también es discutible y se ha puesto en duda, pues no se podría afirmar a ciencia cierta si la tenemos en cuanto tal o está en constante transformación) y por la o las normas o leyes que ajustan y rigen nuestra vida; y el transhumanismo es la corriente de pensamiento que se pregunta al respecto: ¿por qué? Desafiando esta lógica e incluso transgrediéndola, no debería ser observada y debatida con mayor rigor al momento de permitir sus avances e interacciones tanto dentro como fuera de los campos científicos y académicos, en cuyo caso, tampoco convendría demonizarla o ponerle un freno que simplemente cierre el horizonte de posibilidades para el hombre en su devenir y proyección como especie. Al respecto Diéguez. (2017) precisa que:

Las promesas que realizan los defensores del transhumanismo son muy ambiciosas, y no todas están justificadas. Por otro lado, las críticas de que modificar la naturaleza humana pone en peligro las bases de la vida moral también son discutibles. Hay otros enfoques que permiten hacer una evaluación más equilibrada, sobre la que podría edificarse en el futuro un mayor acuerdo social.

A manera de cierre, y reconociendo que cualquier conclusión sobre este tema será necesariamente provisional, resulta evidente que el avance de la ciencia y de la tecnología seguirá ampliando los interrogantes éticos y filosóficos asociados al transhumanismo. Lejos de ofrecer respuestas definitivas, estos desarrollos plantean nuevos escenarios de incertidumbre que obligan a repensar continuamente la condición humana y sus límites.

En este contexto, el transhumanismo puede interpretarse a la luz de una de las ideas más influyentes de Friedrich Nietzsche: el concepto de *Übermensch* o superhombre (Nietzsche, 2011). En *Así habló Zaratustra*, el filósofo plantea la necesidad de superar las limitaciones del ser humano tradicional mediante un proceso constante de transformación. Aunque surgido en un contexto muy diferente al actual, este planteamiento encuentra ciertos puntos de encuentro con las discusiones contemporáneas sobre el posthumanismo.

El posthumanismo cuestiona la centralidad del ser humano como medida absoluta de todas las cosas y propone la posibilidad de transformar aspectos biológicos, cognitivos y sociales mediante la tecnología. Desde esta perspectiva, el ser humano no constituye una realidad fija o definitiva, sino una condición abierta al cambio y a la redefinición permanente.

Esta visión se aproxima más a la noción de devenir presente en Heráclito que a la idea de un ser inmutable asociada a Parménides. Así, la condición humana deja de entenderse como una esencia completamente acabada y pasa a concebirse como una realidad dinámica, susceptible de transformación. Sin embargo, la cuestión fundamental permanece abierta: si estas transformaciones representan una ampliación de las posibilidades humanas o una alteración de aquello que constituye nuestra identidad más profunda.

Amplificando las conclusiones desde las posturas filosóficas anteriores se podría complementar el análisis preguntándonos ¿qué significa ser humano entonces en un mundo donde las máquinas parecen empezar a pensar por sí mismas? Esta pregunta invita a revisar nuestras nociones fundamentales de humanidad y conciencia en un contexto donde las máquinas parecen «pensar» y hay variadas perspectivas o corrientes que ofrecen respuestas complementarias al respecto.

Por ejemplo, si tomamos los postulados del humanismo clásico, ser humano implica racionalidad, libertad moral (libre albedrío y autonomía) así como dignidad intrínseca; y aunque las máquinas simulen procesos cognitivos, carecen de conciencia moral y experiencia subjetiva. En conclusión, el desafío será entonces, para mantenerse humano en una época que redefine lo humano hasta anularlo, el de preservar los valores que definen a la humanidad en medio de tecnologías que solo imitan el pensamiento.

Desde el existencialismo con autores como el filósofo francés Jean-Paul Sartre quien dijo que “todo humanismo es un existencialismo” Sartre. (1946) se aborda el fenómeno de “lo humano” como un problema que no se define por una esencia fija, sino por la libertad de elegir y crear sentido en un mundo incierto, donde las máquinas que “piensan” o que se piensan pensantes, confrontan al ser humano con su propia finitud, y lo obligan a replantear su autenticidad. Somos entonces más que nuestros algoritmos y hábitos automatizados.

Pensar dado lo anterior, no es solo procesar información, implica conciencia vivida, intencionalidad y acumulación de experiencia subjetiva y aunque la Inteligencia Artificial simule razonamiento, no hay evidencia de que posea autoconciencia (por lo menos no hasta el momento) y ser humano significa, en definitiva, vivir el mundo desde una perspectiva encarnada, aspecto que las máquinas no comparten.

La discusión que se zanja desde el plano del transhumanismo sobre la tecnología suele quedar atrapada entre una defensa incondicional y una crítica implacable del

mismo, esta última teñida de nostalgia por un pasado idealizado como superior. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, se quiera o no, la tecnología se ha vuelto inseparable del ser humano, tanto en su dimensión corporal como en su esfera mental.

Por ende y, en definitiva, se puede concluir que, aunque las máquinas han redefinido nuestro concepto de humanidad, también nos conceden la posibilidad de replantearnos. Nos incitan a valorar lo que nos distingue y a pensar cómo crear una sociedad en la que la tecnología digital sea una aliada y no un reemplazo de lo humano. En definitiva, la esencia de ser humano, en un mundo interconectado por la tecnología, no reside en oponerse al cambio, sino en aceptarlo con una mirada crítica y humanista que deviene en una invitación a ser más conscientes, más empáticos y comprometidos con nuestra capacidad de otorgar significado a un mundo que, pese a volverse cada vez más mecanizado, continúa siendo profundamente humano.

Declaración obligatoria de uso de IA

El autor declara que utilizó herramientas de Inteligencia Artificial generativa, específicamente ChatGPT de OpenAI, como apoyo en la redacción y organización preliminar del manuscrito. La herramienta fue empleada con el propósito de asistir en la estructuración de ideas, mejora de estilo de redacción, corrección gramatical y organización de contenidos académicos, sin intervenir en la formulación de resultados, análisis críticos, interpretación de datos ni en la construcción de conclusiones propias del trabajo. Las partes del manuscrito afectadas corresponden exclusivamente a la revisión de estilo, claridad expositiva y apoyo en la organización de apartados temáticos. Se confirma que la Inteligencia Artificial no generó contenido sustantivo original, no tomó decisiones analíticas, no reemplazó el juicio académico del autor ni participó en la elaboración de conclusiones. La responsabilidad total del contenido, su veracidad, interpretación y aporte académico recae exclusivamente en el autor.

Conflictos de interés

El autor declara no tener conflictos de interés.

REFERENCIAS

- Braidotti, R. (2022). *Feminismo posthumano*. Gedisa Editorial.
- Cameron, J. (Director). (1984). *The Terminator* [Film]. Hemdale Film Corporation; Pacific Western Productions.
- Cortina, A. (2003). *Ética mínima: introducción a la filosofía práctica*. Tecnos.
- Diéguez, A. (2017). *Transhumanismo: La búsqueda tecnológica del mejoramiento humano*. Herder Editorial.
- Ellul, J. (1954). *La edad de la técnica*, (tr. esp. de Joaquim Sirera Riu y Juan León), Barcelona, Octaedro, 1990.
- Floridi, L. (2023). *La ética de la inteligencia artificial: principios, retos y oportunidades*.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI
- Heidegger, M. (1954) La pregunta por la técnica. En: *Ser y tiempo / La pregunta por la técnica*. Herder Editorial.
- Kant, I. (2008). Fundamentación de la metafísica de las costumbres. En A. López (Ed.), Kant. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*.
- Krawford, Kate. (2024) 2025. "Atlas De IA. Poder, política Y Costes Planetarios De La Inteligencia Artificial". *Kult-ur 11* (22). <https://doi.org/10.6035/kult-ur.8615>
- Nietzsche, F. (2011). *Así habló Zaratustra: un libro para todos y para nadie*. Alianza Editorial Sa.
- Observatorio de Bioética UCV. (2017, octubre). *El transhumanismo según Nick Bostrom*. Observatorio de Bioética. <https://www.observatoriobioetica.org/2017/10/el-transhumanismo-segun-nick-boston/20781>
- Sartre, J. (1946). *El existencialismo es un humanismo*. Editorial Edhasa.
- Turing, A. M. (1950). *Computing Machinery and Intelligence*. Mind.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia: la lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Paidós. https://perio.unlp.edu.ar/catedras/tpm/wp-content/uploads/sites/210/2023/06/ZUBOFF_1.pdf